

### RIENZI,

### EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Acaso la conciencia de esta distincion que establecia entre Rienzi y el resto de la creacion, aumentaba el amor del tribuno hacia su esposa, no le permitia descubrir sus defectos, le disponia á consentirla una magnificencia, que si bien era politica en cierto modo, contribuyó probablemente á su caida, suministró al menos un pretexto al cobarde abandono de los romanos y á los historiadores una explicacion plausible de los sucesos, faltándoles paciencia para investigar sus causas. Rienzi devolvió á su consorte sus dulces caricias, y la vista de aquel rostro encantador hizo brillar sobre la noble frente del tribuno la serenidad que habian ahuyentado las emociones anteriores.

—¿No has salido esta mañana, Nina?

—No, el calor era insoportable: pero no me ha faltado compañía: la mitad de las matronas romanas han visitado este palacio.

—Eso no me sorprende. Mas aquí me parece que hay un rostro desconocido. ¿Quién es ese lindo mancebo?

—Calla, Rienzi, sé bueno para él; yo te lo suplico; ahora sabrás su historia. Acércate, Angelo: estás delante de tu nuevo señor, el tribuno de Roma.

Angelo se adelantó con una timidez que no le caracterizaba nunca; mas el magestuoso continente natural en Rienzi habia subido á tal grado de dignidad severa desde su elevacion, que su aspecto producía en cuantos á él se acercaban, grandes y pequeños, profunda impresion de respeto mezclada de temor. Se sonrió el tribuno al advertir la emocion que escitaba, y como era en extremo apasionado á los niños y afabilísimo en general, escepto para los nobles, se apresuró á tranquilizar al mancebo levantándole en sus brazos, colmándolo de besos y deseándole la bienvenida á su palacio.

—¡Ojalá nos conceda el cielo un niño tan hermoso como este! murmuró al oido de Nina, quien volvió el rostro sonrojado. ¿Cómo te llamas, amiguito?

—Angelo Villani.

—Nombre toscano. Hay en Florencia un hombre de letras que sin duda escribe á la sazón nuestros anales, segun las noticias que circulan. ¿Es acaso tu padre Juan Villani?

—No tengo padre, dijo el mancebo con presteza, y aun por eso os querré mas á vos y á la señora, si es que me lo permitís. Soy romano, y todos los mancebos de Roma ensalzan á Rienzi.

—¿Es verdad, buen mancebo? dijo el tribuno palpitante de gozo. Ese es un excelente augurio para la continuacion de mi prosperidad. Entonces dejó á Angelo en el suelo y fué á tenderse sobre los cojines, mientras que Nina se sentó á su lado sobre una especie de taburete.

—Haz que se alejen tus doncellas, dijo; y Nina hizo señal á las damas de su servidumbre para que se retirasen.

—Llevad en vuestra compañía, les dijo, á mi nuevo paje, porque es demasiado tierno para alternar ahora con sus traviosos camaradas.

Luego que se vieron solos contó Nina á Rienzi la aventura de aquella mañana; mas aun cuando parecia que prestaba oido, su mirada indicaba que algun recóndito pensamiento le distraía. Al fin cuando hubo terminado su narracion, dijo el tribuno:

—Está bien, hermosa mia; has procedido como de costumbre, noble y caritativamente. Pasemos á otros asuntos. Sabe que me hallo en peligro.

—¿En peligro? repitió Nina pálida de susto.

—¡Bah! esa palabra no debe asustarte. Vuestro espíritu y el mio desconocen y menosprecian el miedo; y por esta razon, Nina, eres en Roma mi único confidente. No me ha concedido el cielo tu mano solo para que me deleite con tu hermosura, sino tambien para que me auxiliés con tus consejos y me sustentés con tu fortaleza.

—¡Bendigate la madre de Dios por esas palabras! exclamó Nina estampando un beso en la mano que se apoyaba sobre su hombro. Si me estremecí á la voz de peligro, fué un movimiento de mujer, indigno de tu compañera, Rienzi mio, porque la gloria y el peligro siempre caminan juntos, y estoy pronta á participar contigo de la primera y del último. Si alguna vez llegare la hora de prueba, ninguno de tus amigos será mas fiel á tu lado que esta criatura débil, si bien animada de un corazon serdomable.

—Ya lo sé, tierna y amorosa Nina, dijo Rienzi, levantándose y discurriendo por la estancia á largos pasos. Oyeme ahora: sabes que, para gobernar con seguridad, el honor y la política me preceptuan igualmente ser justo; mas gobernar con justicia es una cosa terrible, cuando padecen los efectos de la justicia legal poderosos barones. Hoy mismo Martin Orsini, señor de Porto, ha sido condenado por nuestro tribunal á la pena de muerte á consecuencia de un robo atrevido y

manifiesto: su cadáver está ahora junto á la escalera del Leon, pendiente una horca.

—¡Desastroso fin! dijo Nina estremeciéndose.

—Es verdad; pero esta muerte consiente vivir en paz y reposo á millares de personas pobres y honradas. No es eso lo que turba mi sosiego. Los nobles interpretan este acto comun como un insulto hecho á su clase entera; y se creen ofendidos porque la ley descarga su mano sobre la cabeza de un noble. Aspiran á declararse en rebelion, á sublevarse. Preveo la tempestad y no adivino la mane de conjurarlas.

Nina reflexionó un instante.

—Ellos han prestado juramento sobre la sagrada hostia de no empuñar las armas contra tu persona.

—El perjurio, respondió Rienzi con amarga sonrisa, será una ligera adición al catálogo del robo y del homicidio.

—Mas el pueblo permanece fiel á tu causa.

Si, pero en la guerra civil, de la que ruego á los santos del cielo se dignen preservarnos, los mas peligrosos combatientes, que no tienen otro asilo que el de sus armaduras, ni mas profesion que la de las armas; el artesano, el mercader no abandonarán todos los dias sus tareas al son de la campana, mientras los soldados de los barones están pronto á combatir á todas horas.

—Para ser fuerte en tiempos peligrosos, dijo Nina mostrándose acreedora ser llamada al consejo de su esposo, la autoridad debe parecer fuerte. D aparentando ningun temor se previenen las causas naturales del miedo.

—Ese es tambien mi dictámen, repuso con prontitud el tribuno. Saben que la mitad de mi preponderancia sobre esos barones se funda en el homenaje que me rinden los países extranjeros. Cuando ven llegar de todos los puntos de Italia embajadores de príncipes coronados á solicitar la alianza del tribuno, disimulo su encono contra el tribuno que se ha elevado sobre su poderio. Además, aspiro á permanecer fuerte fuera, debo parecer fuerte dentro. El vasto plan que he concebido y ya he empezado á reducir á la práctica milagrosamente, puede malograrse á cada paso, si creen en el extranjero que se apoya sobre bases inciertas y vacilantes. Este plan, continuó Rienzi, descansando una mano sobre el busto del jóven Augusto, este plan es mas gigantesco que aquel por el cual esta alma grande, pero helada, quiso reunir la Italia para esclavizarla: el m pretende reunirla para que sea libre. Si formamos una liga federativa entre los Estados italianos, gobernado cada uno por sus leyes, y unidos todos para su mútua defensa contra los Atilas del Norte, reconociendo á Roma por su metrópoli y su madre, este siglo y esta cabeza habrán dado cima á una empresa, de que hablarán los hombres hasta que suene la trompeta del juicio.

—Conozco tu plan divino, dijo Nina con entusiasmo, y si lo rodean algunos peligros, ¿no hemos triunfado ya del mayor de todos al dar el primer paso?

—Es verdad, Nina. El cielo (y el tribuno, que reconoció siempre en su alto puesto la agencia de un poder divino, se santiguó devotamente) el cielo protegen al que ha acariciado con tan gloriosas visiones sobre la libertad y sobre la redencion futura de la tierra y de la iglesia y el bienestar de sus hijos. Es verdad; ya muchas ciudades de Toscana han entrado en negociaciones con motivo de la liga, y ni un solo tirano, escepto Juan de Vico, me ha dirigido sino palabras y promesas lisonjeras. Quizá el tiempo esté ya en sazón para descargar el gran golpe.

—¿Y cuál es? preguntó Nina asombrada.

—Repeler toda intervencion extranjera. ¿Con qué derecho dá el título de rey de Roma á un emperador alemán un sínodo de príncipes estraños? Solo al pueblo romano le asiste el derecho de elegir su jefe supremo: ¿debemos atravesar los Alpes para ofrecer esta dignidad á los descendientes de los reyes?

Nina guardó silencio. La costumbre de reconocer al soberano elegido por una Dieta reunida allende el Rhin, reservando solo la ceremonia subsecuente de su coronacion al vano asentimiento de los romanos; esta costumbre, tan degradante para aquel pueblo, y tan contraria á las mas simples nociones de independencia política, estaba de tal modo consagrada por el tiempo, que la osada sugestion de Rienzi hizo enmudecer de espanto á su compañera, aunque preparada á oír los proyectos mas atrevidos.

—¿Cómo, dijo al fin despues de una larga pausa, he comprendido bien vuestras ideas? ¿Pensáis en arrostrar el poder del emperador.

—Escucha: en la actualidad hoy dos pretendientes al trono de Roma, á la corona imperial de Italia; uno bohemio y otro bávaro, y para consolidar la eleccion no se requiere nuestro asentimiento, el de la ciudad de Roma. ¿Podemos llamarnos libres y vanagloriarnos de ser republicanos, mientras nos impongan á un extranjero, á un bárbaro como señor de vidas y haciendas? No, y es preciso que seamos libres de hecho y no solo en el nombre. Además, continuó el tribuno mas sosegado, esto me parece tan prudente como atrevido. El pueblo me pide sin cesar nuevas maravillas. ¿Y cómo se le puede deslumbrar y reducir mas noblemente que asegurándole el derecho inalienable de elegir sus gobernantes? La audacia de esta medida será imponente para los barones y hasta para los mismos extranjeros, si viri de señal á toda Italia, será la primer chispa de universal incendio. Eso se consumará con una pompa equivalente á la grandeza de tan sublime acto.

# POESIA.

## Diálogo entre dos amigos contando cosas pasadas.

*Felix.* ¡Ola! ¡ola! ¿tú por aquí, Eduardo amigo? pensaba hallarte todavía envuelto sabrosamente entre sábanas. ¿Tú salir á estas horas? Sin duda tan de mañana alguna cosa te trae de muchísima importancia.

*Eduardo.* Hay sucesos en la vida que martirizan el alma y llenan el corazón de veneno que le abrasa. Fortuna, querido amigo, se ha mostrado tan avara en sus favores conmigo, que arrancándome la calma dejó solo al corazón ponzoña que despedaza.

*Felix.* ¿Tan amargas son tus penas y tus desventuras tantas, que así te agitan el pecho y tu vista desencajan?

*Eduardo.* No han de ser, mi dulce amigo, si anoche ¡fortuna aciaga! me privó fiero el destino del bien que el pecho idolatra.

*Felix.* ¿Estuviste en el Genio?

*Eduardo.* Estuve por mi desgracia, pero faltó de mi vida la luz que le estasiaba.

*Felix.* ¡Vá! ¿y por esa friolera estás así? ¿Cosa rara! Nunca tal pensara en tí.

*Eduardo.* No he de estarlo cuando falte la dulce luz á mis ojos, esa nave de esperanza que á puerto seguro lleva toda mi dicha y mis ansias.

*Felix.* No así te aflijas, mi amigo, que otra hallarás mas pagada de tu cariñoso anhelo: en Madrid no faltan damas que paguen con justo premio todo ese amor y constancia.

*Eduardo.* ¡Ay Felix! ¿en donde, donde otra tan bella encontrarla? ¿Dónde ver aquellos ojos que lucen do quier derraman brilladores como el sol que nos alumbró y encanta.

*Felix.* ¿Conque no la viste anoche?

*Eduardo.* ¡Ay, no!

*Felix.* Sin duda cupada estaría. ¿Viste a la Inés?

*Eduardo.* Me dijeron que allí estaba; pero no la quise hablar, porque es mujer que me carga.

*Felix.* Díz que es algo presumida?

*Eduardo.* No habra con quien compararla; pero ese es un recurso: todas las mugeres hallan medios con que subyugar la atención del que las ama. Unas haciéndose tontas, otras haciéndose sábias; aquella la libertina esta la hipócrita y santa... y cada cual á su modo juega siempre con ganancia.

*Felix.* Sientes lo mismo que yo.

*Eduardo.* Inés es una de tantas, coqueta además: su orgullo apesta, y se halla adornada con la prenda tan horrible de estupidez rematada. Piensa que todos la adoran, y en su delirio se fragua quiméricas ilusiones propias de su estravagancia. Probando lo que te digo, oye, que es cosa de gracia. Triste, pensativo, solo, las escaleras bajaba de la sociedad del Genio, cuando vi que me miraba la tonta de Inés, que erguida con otra amiga marchaba. Al lado de ellas un joven solícito procuraba dar la mano á la otra niña, cuyos ojos demostraban que á tan galantes obsequios agradecidos quedaban. Saltaba las escaleras Inés de envidia abrasada, y con palabras altivas á cuantos la preguntaban el por qué aquel caballero

á ella la mano no daba, á estas palabras necias con gran tono contestaba: «Fue solo equivocacion, á mí la mano alargaba; pero la tomó mi amiga y no quise incomodarla.»

*Felix.* ¿Eso contestó?

*Eduardo.* Sí, Felix, con muchísima arrogancia.

*Felix.* ¡No he visto cosa mas tonta!

*Eduardo.* Será mejor olvidarla, que hablar de necias criaturas triste el tiempo se malgasta.

*Felix.* Dices bien. ¿Dó vas ahora?

*Eduardo.* No sé, no sé, que en el alma siento dolores agudos que mi vida menoscaban,

*Felix.* Si te esperas me pondré en un momento la capa, y al Retiro marcharemos á respirar su fragancia.

*Eduardo.* Como gustes.

*Felix.* Vamos pues.

*Eduardo.* Vamos, y el cielo la planta nos guie con próspera suerte, dando fin á mis desgracias.

UN INCOGNITO.

## REVISTA DE TEATROS.

La noche del Viernes se ejecutó nuevamente en el teatro de la Cruz la *Lucia*. El Sr. Becerra se encargó de la parte que habia estado confiada al Sr. Du Brenll y el Sr. Salas desempeñó la parte de novio que habia ejecutado el Sr. Becerra. De modo que esta ópera ha lucido mucho mas que en las representaciones anteriores. El Sr. Becerra fué justamente aplaudido por el público en general si bien se dejó conocer algun mal contento que iba ya de mano armada. El Sr. Salas cantó su pequeña parte de tenor con tal maestria que no pudo menos de dejar admirados á cuantos le escuchaban. Mucho tiene que agradecer la empresa y el público á este artista que con tanta facilidad se presenta á desempeñar partes tan distantes de su categoria.

La señorita Tirelli estuvo felicísima en el final, y el Sr. Moriani en toda la ópera como de costumbre siendo llamado repetidas veces á la escena.

La primera ópera que se ejecutará en el teatro de la Cruz será *El Rolla*, compuesta espresamente para el tenor Moriani.

## TEATROS.

### DE LA CRUZ.

A las cuatro y media de la tarde: EL MARIDO SOLTERO, pieza en un acto. EL PUÑAL DEL GODO, drama en un acto. Terminando la función con la comedia en un acto, titulada: A LO HECHO PECHO.

A las ocho de la noche: LUCREZZIA BORGIA, grande y aplaudida ópera en cinco actos.

### DEL PRINCIPE.

A las cuatro y media de la tarde: EL VASO DE AGUA, muy aplaudida comedia en cinco actos.

A las ocho de la noche: 1.º Sinfonia. 2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original, en cuatro actos, y en verso, titulada: PARTE DE LA RUEDA DE LA FORTUNA. 3.º LA POLKA, bailada por parejas de niños. 4.º El muy divertido sainete, titulado las PRECIOSAS RIDICULAS.

### DEL CIRCO.

A las cuatro de la tarde: 1.º EL TRIUNFO DEL AVEMARIA, comedia en tres actos. 2.º Concluye la función con la sinfonia de Mercadante por ocho parejas.

A las ocho de la noche: LA LINDA BEATRIZ O EL SUEÑO, LA JOLIE FILLE DE GAND, gran baile en tres actos.

### DE VARIEDADES.

A las cuatro de la tarde: la comedia en cuatro actos, titulada: CASATE POR INTERES Y ME LO DIRAS DESPUES. Intermedio de baile, y sainete.

A las ocho de la noche: el drama en ocho cuadros, titulado: MARGARITA DE BORGOÑA. dando fin con baile nacional.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.